

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

EVENTUALES CONSECUENCIAS DEL GOLPE DE ESTADO AFGANO

Las rebeliones, disturbios, choques armados y golpes de Estado que se registran por el mundo traen al recuerdo a países que de otro modo seguirían sumidos en el olvido. Así Afganistán, apenas asomado a la actualidad en estos últimos años. La discreción de ese país fronterizo con la URSS, China, Irán, Pakistán y la India contrasta con la importancia geoestratégica que tiene con relación al subcontinente indostánico, lo que fue causa de solapados forcejeos entre la Rusia zarista y Gran Bretaña en el siglo XIX. Finalmente, Gran Bretaña llevó el gato al agua, y, desde 1880 hasta 1921 (Tratado de Kabul), Afganistán vivió mediatizado por el poder británico. La independencia no le trajo paz y sosiego, sucediéndose desde 1921 levantamientos, derrocamientos y eliminación violenta de emires. Por tanto, el golpe de Estado del pasado 17 de julio no constituye un fenómeno insólito en ese país pobre y atrasado. Es más, el destituido Zahir Shah ha tenido mejor suerte que su padre, que murió asesinado, como lo fuera el padre de su primo hermano, cuñado y nuevo jefe del Estado afgano, Mohammed Daud Jan, ya impuesto en problemas de gobierno por cuanto fue primer ministro de 1952 a 1963.

Su larga permanencia en el poder se caracterizó por un estrechamiento de lazos con la URSS —pese a la neutralidad oficial de Afganistán— y por haber sacado a colación, no bien asumió su cargo, el conflictivo tema de la creación de un Pathanistán o Pachtunistán independiente. Es cuestión que pone al rojo vivo las relaciones afgano-pakistaníes, pues de convertirse en realidad ese deseo de Estado pathan, que comprendería las regiones de Peshawar, Quetta y parte del Beluchistán —unos siete millones de habitantes—, el Estado pakistaní entraría en agonía.

La cuestión del Pathanistán es secuela de los enredos de la Gran Bretaña imperial, especialista en bombas de efectos retardados. En efecto, avasallado

Afganistán, el emir entonces reinante hubo de aceptar la frontera con la India, que determinó la llamada línea Mortimer-Durand (1893). Partía el territorio pathan, dejando su mayor parte del lado indio. En la partición del subcontinente de 1947 fue integrado en Pakistán. Ante esa solución, Afganistán y el partido pathan de resistencia, creado en 1916, las «camisas rojas», pusieron el grito en el cielo. Sin éxito. No paran allí las reclamaciones de Kabul. También protesta—de momento con sordina—por el dominio al alimón entre Pakistán e Irán del Beluchistán del Sur, región costera. Como quiera que en tiempos Daud Jan manifestó el deseo de su país de tener una salida al mar, precisamente en la parte pakistani del Beluchistán, se evidencia la inquietud causada en Islamabad por un golpe de Estado que apartó del poder al moderado Zahir Shah, sustituido por el temido Daud Jan, amigo de la URSS, que tan decisivo papel desempeñó durante el conflicto indo-pakistaní del que nació Bangla Desh.

De hecho, la amistad afgano-soviética no parte de la era Daud en cuanto primer ministro. Apenas surgió la independencia, Afganistán firmó con Moscú un tratado de amistad, completado en 1926 por un pacto de neutralidad y no agresión. Poco después de terminar la II Guerra Mundial se inició entre los dos vecinos un período de intimidad tal que Afganistán—aun proclamando su neutralidad—parecía bailar a veces al son que tocaban en el Kremlin. De ahí que la agencia Tass citara esa amistad como modelo de «política de coexistencia pacífica entre dos países con sistemas sociales diferentes». Si los duelos con pan son menos, la amistad con ayuda económica es más. Frente a los Estados Unidos, reservados en las dádivas con ese país, la URSS no se mostró cicatera en ayuda económica, técnica y militar. Por cierto, los carros T-55 y los Mig 17 y 19 fueron factores decisivos en el éxito del golpe de Estado de Daud Jan. De otra parte, también Polonia y Checoslovaquia se interesaron por Afganistán, singularmente Checoslovaquia, con envíos de maquinaria para construir carreteras, «infraestructura esencial de todo desarrollo planificado». Y en 1970 se inauguró una carretera de 600 kilómetros que atraviesa Afganistán y une la frontera soviética con Pakistán. De «carretera estratégica» la calificaron entonces los observadores. En función de lo acaecido en el pasado julio, quizá resulte acertada la sospecha de que la URSS mueve sigilosamente sus peones con vistas, de una parte, a reforzar su presencia en la India, convirtiendo a Afganistán en base operativa; de otra, a consolidarse en el océano Indico y, finalmente, tratar de ejercer presión sobre el oeste de China por el mínimo sector fronterizo afgano, por mínimo que sea. Por lo demás, la mera presencia de Daud Jan en el poder

puede poner a Afganistán en el disparadero de habérselas con su vecino pakistaní por cuenta de la provincia del Noroeste. En cambio, la moderación de Zahir Shah, manifestada durante el conflicto indo-pakistaní, al extremo de merecer la proclamada gratitud de Alí Butto, era un obstáculo para llevar a cabo planes que, siendo de aparente interés nacional afgano, redundan en provecho de la URSS.

Es obvio mencionar la inquietud existente desde el golpe de Estado en un Pakistán maltrecho por la perdida guerra de 1971 y que tropieza con dificultades en la provincia del Noroeste y Beluchistán, donde dominan los partidos de la oposición al Pakistán People's Party, de Alí Butto, y se registra un importante trasiego de armas. Es decir, que en esas regiones se dan no pocas «condiciones objetivas» susceptibles de incitar a Afganistán a volar en socorro de sus hermanos de raza, los pathanes, tal como lo hizo la India para prestar ayuda a los bengalíes del Pakistán Oriental. Por tanto, no se puede descartar una reiteración de la operación, esta vez a cargo de Afganistán. De tener éxito, sería un hecho el cerco de Irán por la URSS o por peones de brega de la URSS, ducha en tirar la piedra y esconder la mano. La amenaza —virtual por ahora, pero no hipotética— no se ha evocado oficialmente durante la visita que los días 6 y 7 de agosto ha hecho a Moscú el primer ministro iraní, Abbas Hoveida. Pero es de observar que los países del Pacto de Varsovia han venido rezongando por las masivas compras de armas que efectúa el precavido Gobierno de Teherán, mientras que la URSS sólo ha atacado el tema por la tangente: volviendo a proponer un sistema de seguridad asiática basado en el respeto de las fronteras existentes y en el que llevaría la voz cantante. Son precisamente las fronteras las que preocupan a Irán y Pakistán, su aliado en el CENTO, atribulado por temores de un nuevo desmembramiento, que lo reduciría a su mínima expresión o a la nada. En el orden internacional, semejante eventualidad tendría considerable importancia por ser un paso decisivo de la URSS para el control del océano Indico y el Pérsico. Por si fuera poco, la jugada, hecha a la chita callando y al socaire de las ínfulas, más que republicanas, pro pathanes, de Afganistán, sería exponente de la capacidad de la URSS para perseguir a un tiempo la liebre de la coexistencia pacífica y la de su incoercible expansionismo.

TIRANTEZ EN EL SENO DE LA CEE

Aunque Francia tenga acostumbrada la opinión mundial a desplantes, impertinencias y portazos, las declaraciones que su ministro de la Agricultura, Jacques Chirac, hizo al semanario *Le Point* el 13 de agosto han provocado estupor y, en Alemania Federal, indignación. Nadie pudo creer que tan explosivas manifestaciones fueran opiniones de un ministro que se había ido de la lengua, extremo éste imperdonable—y susceptible de sanción—por parte de un miembro de Gobierno responsable. Y sin vacilar se ha atribuido al presidente Pompidou la paternidad de los criterios formulados por su fiel colaborador, que sigue en su puesto. En realidad, tanto como el íntimo pensamiento del jefe del Estado francés, el señor Chirac ha expuesto la visión que Francia tiene actualmente de la CEE. Se deriva de una política más coherente e incambiada que cuanto dejan ver ciertos zigzagueos, ora ingeniosos, ora irritantes, pero que no la alejan del objetivo nacional tenazmente perseguido, pese a que el contexto internacional y europeo no sea muy favorable para que lo alcance. Es aquel de no desistir de llevar la voz cantante en el Viejo Continente y ser en la CEE, cuando menos, *primus inter pares*. Con su estilo altanero y tajante, el general De Gaulle se entregó a la tarea de dar con la fórmula que permitiera a la independencia y ambición de supremacía de su país engranar en el proyecto de Europa que se deduce del Tratado de Roma. Con su estilo más flexible y astuto, el presidente Pompidou mantiene esa orientación, lo que le permitió celebrar como un éxito que en la «cumbre» de los Nueve, de octubre de 1972, «voluntariamente no se precisaran las características de la unión (europea)». Así cabía la posibilidad de que Francia acabara por hacer triunfar su concepto confederal de Europa. Pero los esfuerzos de ambos estadistas para sortear el escollo de la supranacionalidad tiene el inconveniente de mantener a los países de la CEE en el marco nacional, que los incita a actuar en orden disperso en materia de política exterior y a multiplicar las relaciones bilaterales, lo que genera políticas contradictorias, cuando no antagónicas. Tienden a convertir la construcción de Europa en el lienzo de Penélope. Inesperado fruto de esa política de Francia es la *Ostpolitik*, en definitiva realización por el canciller Brandt de lo incuestionablemente planeado por el general De Gaulle en provecho de su país, al que quiso convertir en interlocutor privilegiado entre el Oeste y el Este. Difícil le va a resultar a Francia poner coto al estirón de la República

Federal hacia el Este, dado el impulso inicial y la dinámica interna del impulso.

El hecho no se le ha venido pasando por alto al Gobierno francés. De su inquieto talante ya fueron reflejo las chirriantes declaraciones de principios del pasado mayo a Radio Luxemburgo, precisamente del señor Chirac. Comentando la reunión de ministros de la Agricultura, enzarzados en la discusión de las propuestas de la Comisión Europea, dijo sin empacho que Alemania Federal abrigaba la intención de provocar una crisis en el Mercado Común en vísperas del Nixon-Round, aparte de tener «otros objetivos en materia de política norteamericana y otros objetivos en materia de *Ostpolitik*». La denuncia era de bulto, por implicar que la República Federal se disponía a darle la espalda a la CEE. En todo caso, desvirtuaba la realidad de que Bonn quería modificar una política agrícola comunitaria que le cuesta cuatro millones de marcos diarios, si bien desde hace diez años ha beneficiado prodigiosamente los intereses de Francia, que ha recibido del Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrícola la friolera de 5.070 millones de NF.

El antecedente de la primera arremetida del señor Chirac confiere mayor relevancia a sus recientes declaraciones, en las que formuló la preocupación que dijo causarle la República Federal «por las distancias que toma con respecto a Europa» y que no es sólo «la postura personal del ministro Ertl, sino la del Gobierno», como comprobó al trasladarse a Bonn en junio, acompañando al presidente Pompidou. Aunque Gran Bretaña no se salvó del rapolvo —la acusó de aviesas intenciones para beneficiar a la Commonwealth—, ni tampoco la Comisión Europea —que lleva una política errónea en la cuestión del azúcar, en su opinión—, la filípica iba destinada a la República Federal, arrastrada por la corriente que la lleva hacia el Este, lo que amenaza con desfondar la nave europea.

Las declaraciones del señor Chirac han levantado una polvareda de protestas y airados mentís, sobre todo en la República Federal. ¿Sincera expresión de buena fe política dolida por la suspicacia del amigo o abochornada vehemencia por la jugada puesta al descubierto? No desvanecerán la duda las manifestaciones del jefe de la fracción democristiana en la *Bundestag*, profesor Carsten. El 17 de agosto dijo públicamente que hacía suyos los recelos del señor Chirac sobre los coqueteos neutralistas del Gobierno alemán. Y recordó que en 1964 el entonces consejero de Brandt y actual ministro, Egon Bahr, trazó un plan en cuatro etapas destinado a crear una zona neutral en el centro de Europa. Había de comprender las dos Alemanias, Bélgica,

Holanda, Dinamarca, Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Es decir, que el temor de que la República Federal dé esquinazo a la Comunidad europea puede no ser producto de la imaginación del señor Chirac (o del presidente Pompidou).

Por su parte, el profesor Carstens ha abogado insistentemente por el remedio de la unión política europea antes de 1980, fecha acordada en la «cumbre» de París, para evitar «la neutralización y desmilitarización de la República Federal». Cabe dudar que Francia esté dispuesta a aplicarlo, por tener alergia a ceder un ápice de soberanía nacional en aras de la unión política de Europa. Por lo menos desde junio de 1969, el «europeo convencido» que declara ser el presidente Pompidou no ha dado claras señales de no padecerla. Acaso se la cure el viaje a una China que, cual pájaro de mal agüero, clama que la desunión de Europa sólo puede dar pábulo a las ambiciones soviéticas.

Esta más o menos latente tensión entre París y Bonn en el marco de la CEE ¿logrará neutralizarla el Tratado franco-alemán de 1963? Al margen de la retórica y los lenitivos comunicados de las reuniones periódicas entre dirigentes galos y germanos, es indudable que ese Tratado ha atenuado en parte las divergencias entre los dos países, sin hacerlas desaparecer. Por tanto, quizá fuera pecar de optimismo —o irrealismo— estimar que el Tratado de París sería en último recurso la tabla de salvación de una Europa cuya piedra angular se dijo era la amistad y cooperación entre Francia y Alemania.

UN BACHE EN EL CAMINO DE BONN HACIA EL ESTE

Decía Renan que, en política, el olvido es virtud. La *Ostpolitik*, iniciada con pies de plomo por el canciller Kiesinger y cuyas etapas ha recorrido el canciller Brandt a uña de caballo, era olvido por partida doble. Si mucho había de olvidar la República Federal, no se le quedaban a la zaga los países del Este, singularmente maltratados por la acción política y militar del III Reich. Pero mientras para aquéllos el olvido se torna recuerdo tan pronto como amenaza las posiciones adoptadas con vistas al futuro, recientes acontecimientos sugieren que Bonn ha abrigado falaces ilusiones sobre el «daca» que podía conseguir el «toma» de su transigencia. Aunque el 13 de agosto pasara discretamente en la República Federal, el duodécimo aniversario de la construcción del llamado «muro de la vergüenza» ha podido ser aleccionador tema de meditación para el equipo dirigente de Bonn.

En efecto, aparte de que el muro de cemento se mantiene incólume, se confirma cada día más que junto a él Pankow ha levantado un «muro de papel por el atajo de pegas administrativas tendentes a evitar cuanto sea posible los contactos entre las dos Alemanias», como ha escrito el diario *Die Zeit*, lo que pone de manifiesto los límites del Tratado fundamental en lo que respecta a la antigua capital. De otra parte, en orden a las relaciones interalemanas, es de consignar que en el VIII Congreso del Comité Central del SED, con brutal sinceridad, Honecker dijo: «El combate no cesa con el Tratado fundamental; proseguirá con el mismo encono.» Por lo tanto, cuando el equipo dirigente de la República Federal estimaba —o se autoconvencía de que estimaba— que se habían establecido las bases jurídicas de, por lo menos, la coexistencia pacífica entre las dos Alemanias, en Pankow se tenía el Tratado fundamental por mera fase de un combate. Uno de los motivos de ese combate es conseguir, con este o aquel método, que se imponga la tesis germano-soviética, según la cual la parte occidental de Berlín es una entidad política distinta de la República Federal, o sea, una especie de alevino de «tercera Alemania», que andando el tiempo, dado lo singular de su situación geográfica, llegaría a la reunificación con Berlín Este, ya integrado en la República Democrática. En cambio, desde la Ley Fundamental Federal de 1949, Bonn ha venido pugnando por dejar en claro que Berlín Oeste es parte integrante del territorio federal, algo así como un undécimo *land*, extremo éste recusado por los aliados occidentales, que, aun admitiendo la vinculación con la República Federal, la supeditan al Estatuto especial de la antigua capital. Los celebrados acuerdos cuatripartitos de septiembre de 1971, si bien han mejorado las comunicaciones entre los dos Berlines y ratificado los lazos del sector occidental con la República Federal, distan mucho de poner término a la cuestión en razón de los dimes y diretes que por parte soviética suscita la aplicación de aquellos acuerdos. O sea que, pese a la *Ostpolitik*, los acuerdos cuatripartitos, el Tratado fundamental y el acercamiento germano-soviético, el problema de Berlín Oeste no está realmente resuelto y sigue siendo un hecho perturbador en las relaciones entre el Oeste y el Este.

Tal se ha comprobado con motivo de las negociaciones alemanas con Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria, que pretendían rematar el edificio de la reconciliación con el Este. Apenas iniciado el diálogo a principios de año, Checoslovaquia sacó a colación la pretensión de que Bonn declarase nulos los acuerdos de Munich de 1938. Por solidaridad, Hungría y Bulgaria corearon

la petición, aunque no tuvieran arte ni parte en semejantes acuerdos. Salvado el obstáculo, se reanudaron las conversaciones germano-checas. Llevaron buena marcha, al extremo de rubricarse el 20 de junio un acuerdo básico cuya firma quedó fijada para el 6 de septiembre en Praga. Fue en la mesa de negociaciones germano-húngaras, iniciadas el 13 de agosto —o sea, adelantándose a Checoslovaquia— donde surgió la cuestión de la plena representación diplomática de Berlín Oeste, ni siquiera evocada en las negociaciones con Moscú y Varsovia. En vista de la negativa alemana a limitar la representación consular a las personas físicas, con exclusión de las personas jurídicas, el 17 de agosto la delegación húngara cortaba en seco el diálogo y regresaba a Budapest. De hecho, la cuestión de la representación diplomática de Berlín Oeste no figura en los acuerdos cuatripartitos de modo explícito. El derecho que defiende Bonn es una deducción o interpretación de esos acuerdos, lo cual es muy propio para originar discusiones bizantinas.

En principio, las negociaciones germano-checas, reanudadas en Bonn el 20 de agosto, eran mero rizar el rizo de acuerdos rubricados. Por ello sorprendió que, a su vez, los checos plantearan el problema de la representación diplomática de la antigua capital. No tuvieron mayor éxito que los húngaros para modificar la postura alemana, lo que motivó la suspensión *sine die* de las conversaciones el 22 de agosto. La decisión de poner impedimentos en el camino que la República Federal se propone recorrer —y que pasa por la ONU—, llevando de la mano a Berlín Oeste, hizo sacrificar las conveniencias —sobre todo económicas— que supone reconciliarse con Bonn.

Es evidente que la salida de Hungría y Checoslovaquia en las negociaciones con la República Federal es consecuencia de decisiones adoptadas en la «cumbre» comunista de Crimea de principios de agosto. Pero sería error estimar que es fruto de una improvisación. La maniobra táctica, a cargo de Budapest y Praga, se inserta en un plan de estrategia global, uno de cuyos objetivos —en parte exigido por la República Democrática— es manipular para desgajar a Berlín Oeste de la República Federal, viejo propósito que originó en tiempos la «guerra fría». Sólo cuando se le impuso a la URSS que sin previo arreglo del problema berlinés no se celebraría la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación, se avino a negociar un acuerdo cuatripartito, que la obliga a mantenerse un poco al margen de la cuestión berlinesa. De ahí que echara mano de sus auxiliares para recordar que no es definitiva ni tajante la solución actual, como estima la República Federal. Abordado el tema durante la visita de Breznev a Bonn, sólo se sacó en claro una decla-

ración en la que se reconocían los lazos *culturales* y *económicos* que unen Berlín Oeste y la República Federal. Y nada más, lo que deja margen a toda clase de futuras tergiversaciones y, de momento, permite paralizar la pujante *Ostpolitik*. Así se consiga acaso que para ponerla de nuevo en marcha Bonn haga nuevas concesiones, aparte de que ese caer en un imprevisto bache da tiempo a ver qué rumbo toman las negociaciones sobre seguridad y cooperación de Helsinki y Ginebra.

LA VISITA DEL MINISTRO FRANCÉS DE ASUNTOS EXTERIORES A ESPAÑA

Hace años, cuando la guerra fría incitó a no pocos países occidentales a trocar el gesto hostil a España por una almibarada sonrisa, el general Kindelán advirtió en agudo artículo un peligro que se deriva de la psicología nacional. Entero, inquebrantable, numantino frente al enemigo declarado, el español es todo blandura y confiada entrega ante el halago y los buenos modales. ¿Qué español no ha dicho alguna vez en su vida —preguntaba el general Kindelán—: «A mí, por las buenas, lo que quieran...»? Sin riesgo de incurrir en grave error, puede trasladarse este rasgo genuino de la idiosincrasia del pueblo español al ámbito político, ya que representantes de ese pueblo llevan la política de España.

Suscita este comentario la satisfacción que han reflejado los medios informativos, en general, por el viaje que, los días 27 y 28 de agosto, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, ha hecho a España. De un tiempo a esta parte, varios han sido los ministros galos que nos han visitado con la mayor cordialidad. Entre ellos destaca la visita, en junio de 1970, del entonces ministro de la Defensa, Michel Debré, quien, en nombre de su gobierno, firmó el acuerdo de cooperación militar hispano-francés. Era de interés para ambos países, y quizá más que para España, para Francia, miembro de la Alianza Atlántica desasido de la OTAN, en una época en que los medios bélicos invalidan los planes estratégicos pensados estrictamente a escala nacional. De ahí lo importante «para Francia de contar en el angosto espacio europeo con un sólido apoyo en su extremidad meridional», como recordó a su visitante el señor López Rodó. Era puntualizar con delicadeza y diplomacia que lo entonces alcanzado entre los dos vecinos tenía caracteres propios de auténtica cooperación, lo que implica, por ambas partes, complementarias aportaciones. Y puestos a pergeñar mayor estrechamiento de vínculos, a partir de la base del mutuo reconocimiento de las ventajas que de ello

se deriven. Es decir, descartar toda idea de relación asentada en la supeditación de uno, que supuestamente poco o nada tiene que dar, a su liberal benefactor, que, a fin de cuentas, lo llevaría a hacer rancho aparte. En las conversaciones entre los dos ministros, ese extremo debió de quedar perfectamente dilucidado. Tal sugiere el deseo expresado por el señor Jobert de «que España esté presente en el banquete europeo y que de esta forma haya un poco más de latinidad, y me atrevería a decir de romanidad, en este cóctel europeo».

No es nueva la proclamada buena voluntad de Francia hacia España en función de Europa, sino consecuencia del temor—que tampoco es nuevo—de que el centro de gravedad de la CEE se desplace hacia el Norte, dejándola en una periferia acaso tangente con cierta marginación. Cuando Gran Bretaña ingresó en la CEE, el presidente Pompidou dejó entrever ese temor al formular el voto de que países mediterráneos «equilibraran» la Comunidad, o sea volvieran a colocar a Francia en el fiel de la balanza europea. Los recientes derrotados de la CEE, a impulsos de la *Ostpolitik* norteamericana y alemana, dan pábulo a las aprensiones de Francia, un tanto aislada políticamente en Europa. No incita a modificar este perspicaz enfoque de los hechos el mar de fondo existente en la CEE, a despecho de eventuales acuerdos tácticos frente a la propuesta de reconsideración de la Carta del Atlántico. Al contrario. Por ello han actuado los rápidos reflejos franceses y, puestos los ojos en el interés nacional, que desaconseja remar a contracorriente en solitario, París se las ingenia para traer refuerzos en una CEE cuyos miembros, por activa o por pasiva, tienden a moverse en torno a la República Federal. Incluso Gran Bretaña, que, a un momento dado, parecía deber alinearse con Francia, debido a sus reservas frente a la limitación de soberanía que supone la supranacionalidad perseguida por Bonn y los países del Benelux. La crisis monetaria y las dolencias de la libra han impedido, primordialmente, que cuajara el binomio París-Londres, destinado a sustituir el binomio París-Bonn—con predominio del término París—, que era la piedra angular del edificio de Europa y de su equilibrio.

Por consiguiente, aunque resulte grato al oído español oír que el señor Jobert tiene la idea de que «España se una a este pelotón, que fue de seis, que ahora es de nueve y ello tal vez en un plazo más breve de lo que suele preverse habitualmente», hay que tomar en cuenta la conveniencia para Francia de que se cumpliera ese deseo. Es más, tal importancia tendría para nuestra vecina que, en el Consejo de Ministros del 30 de agosto, el

presidente Pompidou solemnizó la cuestión sacando a relucir el tema. Como era de presumir, ello ha provocado diversas reacciones en los medios de la CEE. No es que haya podido sorprender que Francia declarase que España ha de ser «lo antes posible miembro de la CEE». Ha intrigado y planteado el interrogante de qué artes Francia piensa poner por obra para llevar a cabo ese proyecto, toda vez, es bien sabido, que la admisión de nuevos miembros en la Comunidad requiere la unanimidad de los antiguos. Es muy dudoso que la influencia de Francia consiga esa unanimidad. O sea que, aun contando con el eventual apoyo alemán, Francia no está en condiciones de franquear a España la puerta de la CEE, defendida por diversos cancerberos. De ahí que, aun agradeciendo las cordiales palabras del señor Jobert, sea preciso templar el júbilo que han causado, por no ser susceptibles de modificar ni las normas jurídicas ni los hechos, ni en lo inmediato ni a plazo previsible.

La inmediata realidad es la negociación de un nuevo acuerdo comercial preferencial, menos leonino que el preparado a finales de junio pasado por la CEE en pleno—incluyendo a Francia, que suele tornarse áspera y cica-tera cuando se rozan sus intereses, singularmente los agrícolas—, acuerdo que se va a negociar en un plano distinto del de la adhesión o integración. Porque conferir al acuerdo preferencial categoría de primer paso hacia la pertenencia a la CEE es tanto como asimilar las transacciones con un comerciante, a la vez cliente y proveedor, a los esponsales con su hija. Por ello, admitido cierto interés de Francia por llevar a España de la mano hasta la Comunidad europea, que la incita a hacerse de mieles con el candidato, no cabe excluir que la amistosa disposición, de orden político, no se manifieste llegada la hora de negociar ese acuerdo preferencial, que es de estricta economía, por cuanto volver a la postura negativa adoptada en el pasado junio no perjudicaría forzosamente los planes hispano-franceses de cooperación industrial y financiera. El «amigos hasta la bolsa» de los franceses debe recordarnos los desengaños a que nos expone nuestro: «A mí, por las buenas...».

LA IV CONFERENCIA DE PAÍSES NO ALINEADOS

De considerar desde el punto de vista de la espectacularidad la IV Conferencia de Países No Alineados de Argel, iniciada a nivel de ministros de Asuntos Exteriores el 2 de septiembre y rematada con la reunión de

jefes de Estado o Gobierno del 5 al 9, habría que calificarla de éxito rotundo. Pero al hacer balance de los resultados concretos alcanzados, susceptibles de beneficiar a plazo previsible los países allí representados, la Conferencia ha sido un poco el parto de los montes, dicho sea sin ánimo de ridiculizar los loables esfuerzos emprendidos por los dirigentes de los países no alineados para liberarlos del atraso y pobreza. Los dirigentes del mundo desarrollado han celebrado demasiadas conferencias, «cumbres» y reuniones cuyos frutos han sido nulos para mofarse de paja alguno en ojo ajeno. En cambio, lo que sí puede suscitar cierta ironía es la radical división del mundo entre países «pobres», presentes en Argel, y «ricos», que son todos los demás, por ser exponente de un maniqueísmo elemental y basado en una inexactitud. Resulta incongruente que entre los países «pobres» figuren emiratos del golfo Pérsico o Arábigo y algún africano—concretamente Libia—, que, dada su riqueza petrolífera, tienen rentas per cápita que son las más elevadas del globo, a despecho de un evidente subdesarrollo, originado no por lo menguado de los medios económicos de esos países, sino por su pobreza real en minorías capacitadas, técnicos e iniciativas, es decir, por un motivo ajeno al invocado en la Conferencia de Argel, que es la explotación extranjera de los recursos naturales y de los capitales que producen. Algo semejante podría decirse de países cuyo esfuerzo de desarrollo y aprovechamiento de sus recursos se ven neutralizados por una demografía delirante, como es el caso de la Unión India y Egipto, entre otros. Es decir, que los planteamientos básicos de la IV Conferencia de Países No Alineados falseaban en parte la realidad al imponer a todos el común denominador de la falta de medios económicos provocado por la glotona explotación foránea. Es muy difícil, mejor dicho, imposible, resolver problema alguno partiendo de datos inexactos.

En lo político, lo fluido del concepto de «neutralismo», pulido antaño por Tito, Nasser y Nehru, dio muy buen juego en tiempos de la bipolaridad antagónica. Sin perjuicio de la negativa a adherirse a uno de los dos bloques enfrentados, los neutralistas pudieron conseguir apoyo económico y técnico—y en ocasiones, militar—de uno u otro supergrande, cuando no de ambos, sin comprometer una independencia más proclamada que real en caso de conflicto. Porque en caso de choque armado norteamericano-soviético, luego atómico, ¿podría algún país mantenerse a salvo de la lluvia atómica, la contaminación y subsiguiente aniquilación, por mucho que se proclamara neutral? A estas alturas de desarrollo de los medios bélicos, la neutralidad o no alineación para mantenerse fuera de juego es tanto

como contar con las murallas de las ciudades medievales para protegerse de un bombardeo de artillería pesada. Como quiera que el actual relajamiento de la tensión ha reducido singularmente las ventajas inmediatas de la postura de los países neutralistas, he aquí que éstos han necesitado alzar una nueva bandera: la de una lucha de clases a escala mundial entre países «capitalistas» y países «pobres». La discutible dicotomía deja malparada a la URSS, aunque bastante trabajo cuesta incluirla entre los países capitalistas, pese a que su socialismo sea en definitiva capitalismo de Estado. Es decir, lo arbitrario de la división del mundo entre «capitalistas» o desarrollados y «pobres» o subdesarrollados, estos últimos, en algunos casos, ricos potenciales, pero acogotados por un subdesarrollo que no es consecuencia de la explotación foránea, sino su causa.

No logrado el objetivo político de definir a gusto de todos los heterogéneos grupos ideológicos reunidos en Argel el concepto de «no alineado» —solo a duras penas aplicable a la Unión India, por ejemplo—, ni acordada la proyectada creación de una secretaría, que pudo ser mecanismo de consulta permanente, preciso fue buscar un terreno de entendimiento colectivo en lo económico, fijando normas generales para controlar la explotación de los recursos naturales. No era ningún desatino a la vista de los temores que provoca entre los «ricos» la casi unanimidad conseguida en materia de petróleo por la OPEP. Al margen de soflamas y airadas tomas de posición, que no perturban realmente la acción de los países «ricos», pudo ser lo económico base operativa para tratar de impedir que se conviertan en realidad las cifras que, por extrapolación, el presidente Burguiba anticipó para el año 2.000, de seguir las cosas tal como están ahora: 1.400 millones de hombres con una renta per cápita de 5.000 dólares anuales y 4.000 millones con sólo 300... Pero en esa multitudinaria reunión de países «pobres» no se han puesto los cimientos de esa especie de sindicato de poseedores de recursos naturales, para el que pudo servir de modelo la OPEP. Sí, se ha aprobado el control de esos recursos, que es su nacionalización sin discusión de precios, medida ya adoptada por Argelia y Libia para el petróleo. Mas, por no institucionalizarse a escala del Tercer Mundo, la decisión es mero conceder la venia a los asistentes a la Conferencia de Argel para que sigan luchando en orden disperso. Finalmente, ¿puede concederse gran eficacia práctica a los formulados deseos de paz, soberanía nacional respetada, desarme y otros temas que son el postre de todas las conferencias? Tampoco hay que conceder demasiada importancia a las tiranteces que se dieron

entre países ideológicamente opuestos, como Libia y Cuba, o a la cordialidad desbordada que reinó en la ceremonia pública de clausura.

En resumen: no parece que de la Conferencia de Argel hayan salido decisiones que remedien el uso o abuso que los países desarrollados hacen de los recursos naturales de los países subdesarrollados, pese a la posibilidad de nacionalizarlos. Supeditadas esas posibles nacionalizaciones a decisiones adoptadas nacionalmente, pierden la eficacia que podría esperarse de decisiones globales, o sea adoptadas todos a la una. Sin embargo, lo que no debe descartarse, para un futuro acaso no excesivamente alejado, es que los países no alineados o del Tercer Mundo, después de tropezar con lá imposibilidad de desarrollarse, constituyan un caldo de cultivo o gigantesco proletariado que sea una amenaza para los países desarrollados de América y Europa, incluida en ella la URSS, que, tratando de arrimar el ascua del Tercer Mundo a su sardina, ha enviado, lo mismo que China Popular, cálidas felicitaciones y parabienes a los reunidos en la Conferencia de Argel.

EL VIAJE A CHINA (POPULAR) DEL PRESIDENTE POMPIDOU

Con motivo del viaje que el 11 de septiembre el presidente Pompidou emprendió a China Popular, se ha dicho que era el primer jefe de Estado occidental que visitaba ese país comunista (no tuvo carácter oficial la visita del presidente Nixon). En realidad, es el primer jefe de Estado occidental que ha viajado a la China de cualquier tiempo o régimen. Antaño impedían el viaje razones de distancia, aparte de que los emperadores chinos sólo recibían a los dirigentes de países vasallos. Hubieran tenido por vasallo al jefe de Estado occidental que los visitara, lo que era inadmisibile. También se ha dicho que la invitación reflejaba la gratitud china por el primer país occidental que en 1964 estableció relaciones diplomáticas con Pekín. Es olvidar que desde 1950 Gran Bretaña, Suecia, Suiza y Finlandia tienen relaciones diplomáticas con Pekín. Pero puestos a buscar argumentos para hacer más «histórico» un viaje, es fácil dar rienda suelta a la fantasía. De todos modos, no se precisaba apelar a la imaginación, dada la importancia que tiene en sí la larga visita del jefe del Estado francés a ese lejano y gigantesco país, esperanzadora para un equilibrio político del mundo que repose menos sobre el acuerdo entre las dos superpotencias. Sin embargo, el golpe militar de Chile, que desató las furias informativas, dejó un poco en segundo término de la actualidad internacional el desarrollo de la estancia del pre-

sidente Pompidou en China. Ello no equivale a que las conversaciones chino-francesas, complementarias de festejos y turismo, no tendrán incidencia en la política internacional. Por lo pronto, Francia y China han puesto en tela de juicio la afirmación del nuevo secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, según el cual sólo Estados Unidos y la URSS están llamados a tener una política global. Los demás países han de limitarse a una política regional, aunque trabajo cueste hallarle una base regional a las relaciones franco-chinas. De otra parte, puede conjeturarse que Francia se dispone a servir en cierto modo de introductor de embajadores a una China sumamente interesada por Europa en todos los ámbitos, a fin de frenar su deslizamiento hacia una URSS hecha de mieles.

Aunque los medios informativos han glosado lo cordial y grandioso del recibimiento multitudinario dispensado al presidente Pompidou y lo prolongado de sus conversaciones con los dirigentes chinos, han estado más parcos para dar noticia concreta de los temas tratados, discutidos o acordados en las largas entrevistas del presidente Pompidou con Chou En-lai y el presidente Mao Tse-tung. Era de esperar. Además de la afición china al secreto en política y diplomacia, no está la coyuntura internacional como para seguir practicando la diplomacia de patio de vecinos.

Apenas si el comunicado conjunto del 17 de septiembre ayuda a desentrañar algo de lo tratado en las conversaciones chino-francesas. Aparentemente, chinos y franceses se limitaron a rizar el rizo de tomas de posición hartamente conocidas, lo que no deja de ser significativo por fortalecer la resistencia de Francia a embarcarse en las negociaciones tendentes a la reducción de fuerzas en Europa, a no ceder a las presiones para renunciar a su poder atómico y suspender las pruebas, a integrarse en un tinglado supranacional dominado por la preocupación de eficacia económica o a avenirse a una hegemonía compartida por Estados Unidos y la URSS. Frente al riesgo que supone la tenaza norteamericana-soviética debidamente colocada en torno al mundo, se evidencia la necesidad de que los países de la Comunidad busquen sin dilaciones la unidad, manteniendo a salvo «la independencia y soberanía de sus respectivos países», se opinó en Pekín. Pero los esfuerzos de los pueblos europeos «para salvaguardar su independencia y soberanía», que China dice apoyar, ¿no serán, sobre todo, los de Francia de observarse su trayectoria en el seno de la CEE? Es en todo caso un espaldarazo a su acción, que sí, apunta a la unidad, pero rehuyendo de una supranacionalidad que no deja de atraer a miembros destacados de

la Comunidad, a los que China sugiere el camino que han de seguir por país amigo interpuesto. Es un extremo que sobre darle nuevo impulso a Francia, no dejará posiblemente de influir en la propia Comunidad, contexto en el que Francia está inserta y que no ignora ni puede ignorar en sus movimientos, que, en definitiva, logran el triunfo de la tesis francesa. Tal ha sucedido con el propósito norteamericano de reconsiderar la Carta del Atlántico y negociarla de nuevo globalmente. Es decir que, a trancas y barrancas, es Francia la que lleva la voz cantante en política en el marco de la Comunidad e incluso la voz cantante en materia de defensa económica, como se pudo ver en las conversaciones del GATT celebradas en Tokio, coincidiendo con la estancia en China del presidente galo. De ahí a decir que en China el presidente Pompidou fue el portavoz de Europa, media un paso no menguado, pero no un abismo, dada la amenaza que entraña para todos los países europeos —y no sólo los de la Comunidad— el compadrazgo de los supergrandes y los nuevos derroteros de la política exterior norteamericana, que, de cuajar en su forma actual, podría dejar a Europa compuesta y con medio novio, sobre todo en lo económico, por el riesgo de que los mercados del Este se sustraigan a la exportación europea en provecho de la norteamericana.

Sin embargo, la reestructuración de las relaciones intereuropeas hasta establecer una verdadera política exterior de Europa, que se deduce de las conversaciones chino-francesas, tropieza con el obstáculo de principio de que la Europa diseñada por el general De Gaulle —pero es la Europa que pretende el presidente Pompidou?— incluía no sólo a los países del Este, sino a la propia URSS. No otra cosa significa el famoso «desde el Atlántico al Ural». De hecho, la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación persigue este objetivo, denunciado por China como una treta soviética para, previo adormecimiento de los países del Oeste europeo, centrar su actividad en Asia, concretamente contra su vecina china. Pero Francia participa en esa Conferencia, que se presenta como clave de una seguridad europea que, para China, fomentaría la inseguridad en sus fronteras con la URSS. El comunicado final no roza el delicado tema y nada sugiere que las conversaciones Chou En-lai-Pompidou modifiquen radicalmente la acción exterior de Francia, que ha venido jugando un poco con dos barajas —la soviética y la norteamericana—. Acaso empiece a jugar con una tercera baraja, la china, para oponerse con más ahínco a la hegemonía compartida amigablemente, que se ha llamado, sin apuntar que es de mala educación, «cualquier

clase de hegemonía». ¿Ha existido coincidencia de criterios en cuanto a táctica a poner en práctica para impedirlo? Es el meollo del problema. En todo caso, no puede descartarse que Francia sirva de puente para facilitar a China el acercamiento a ese embrión de Europa unida que es la CEE, que muy firmemente ha evitado una vinculación formal con el COMECON.

LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA A LA HORA DEL RELEVO

Se esperaba con expectación el discurso que el flamante secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, había de pronunciar el 24 de septiembre en la sesión de apertura de la XXVIII Asamblea General de las Naciones Unidas. Defraudó. Henry Kissinger no descubrió qué tipo de malabarismo diplomático, que se ha rodeado de un halo de milagrería, proyecta en su nuevo cargo. El decepcionado auditorio oyó un discurso serio en el que cargó el acento sobre la necesidad de cooperar al relajamiento de las tensiones para garantizar la estabilidad y la paz —lo que rozaba la perogrullada— y sobre la búsqueda de soluciones al problema del desarrollo, formulando la humanitaria iniciativa, con transfondo político, de celebrar en 1974 una Conferencia mundial sobre Recursos Alimenticios. No faltó el gesto amistoso para Europa, ni la seguridad de que los Estados Unidos se mantendrán fieles a sus aliados y amigos, sin dejar de establecer nuevas relaciones con sus antiguos adversarios. Tampoco faltó la alusión a la reducción de fuerzas en el Viejo Continente, ni la expresión del deseo de que un sistema monetario más flexible sustituya el acordado en Bretton Woods, que, económica y comercialmente, tiene al mundo en vilo.

Aparentemente, nada muy nuevo dijo el señor Kissinger. En hondura, la novedad estriba en que el dinámico y seguro de sí mismo Henry Kissinger, pese a sus dotes, preparación y experiencia, resulta ser un poco un secretario de Estado en busca de una política exterior, que sin dejar problema al garete, asuma el relevo de la que se heredó de la II Guerra Mundial y la guerra fría. Hoy en día es instrumento inadecuado. Entonces correspondía al hecho de que, renunciando al aislacionismo iniciado en 1919 con la negativa a formar parte de la Sociedad de las Naciones, los Estados Unidos salieron en 1942 a la palestra para combatir el imperialismo nipón y el nazismo, diabólicas formas políticas, cuyo aniquilamiento aprobó por unanimidad el simplista maniqueísmo de la opinión pública. Ya estaba trazado el camino de la política exterior que durante cerca de treinta años habían

de seguir los Estados Unidos, angel exterminador de follones y malandrines internacionales, una vez empalmada la lucha antifascista y el combate contra el comunismo, a pesar de las frustraciones de la guerra de Corea. La desafortunada guerra de Vietnam y los primeros tanteos soviéticos para establecer la coexistencia pacífica empezaron a dar al traste con una política exterior cuyo casi elemental objetivo era comprendido y aprobado por una unanimidad interior: poner coto a la expansión comunista; hacer triunfar la democracia, de ser posible, en su versión norteamericana. Pero el discurso que el presidente Nixon pronunció en Guam era ya exponente de la necesidad para los Estados Unidos de reconsiderar las motivaciones y las metas de su actividad internacional. Porque es evidente que con o sin las luces del señor Kissinger, desde que accedió a la presidencia Richard Nixon ha apuntado a renovar el esquema conceptual que había informado la etapa de máxima extroversión de la historia norteamericana.

Mientras se desarrollaba en el ámbito internacional la acción política y militar norteamericana, la economía no perdía el compás, al extremo de convertir a los Estados Unidos en el principal inversor extranjero, tanto en los países desarrollados como en los menos desarrollados. Los cuantiosos ingresos procedentes de esas inversiones originan una interdependencia con la economía mundial, que explica el deseo norteamericano de reforma del sistema monetario, de la que trató Henry Kissinger. A un tiempo, la economía norteamericana es cada día más dependiente del exterior en cuanto a materias primas. Valga como botón de muestra el petróleo. Son realidades que cierran la puerta a una vuelta al aislacionismo. Por si fuera poco, la mutua disuasión, factor de paz, por supuesto, implica interdependencia con un adversario potencial que sitúa las fronteras de la defensa de los Estados Unidos en Europa. Es decir, que actualmente los Estados Unidos no pueden considerar el aislacionismo en su forma tradicional, ni tampoco seguir siendo un gendarme del mundo en lucha contra un adversario al que no puede destruir sin destruirse y que, además, se hurta al enfrentamiento directo. Por tanto, excluido el aislacionismo, por imperativos de la economía y la defensa, desfasada la política del *big stick*, apenas hay otra opción que el compromiso. A él se ha decidido el presidente Nixon en forma más pragmática que deducida de una doctrina o una estrategia a largo plazo.

Pero aunque el compromiso aconsejado por la llamada *realpolitik* haga más estables las relaciones de rivalidad con la URSS, que ha dejado de ser la obsesiva preocupación de Wáshington, no resuelve el problema de la

alianza con los países europeos, determinada por una coyuntura de antagonismo, a la que sigue una de coexistencia pacífica, que no es sinónimo de seguridad absoluta. Dígalo si no la intranquilidad de los europeos. De ahí la propuesta hecha el 23 de abril por Henry Kissinger de renovar la Alianza del Atlántico, o sea actualizarla y hasta globalizarla mediante la inclusión de Japón. La propuesta fue recibida con grandes reservas, cuando menos, por cuanto parecía invitar a los países europeos a dar el visto bueno a un acuerdo norteamericano-soviético en el que no tuvieron ni arte ni parte. Tampoco la *realpolitik* nixoniana resuelve el problema de los países en vías de desarrollo (sencillamente subdesarrollados). Son motivo de gran preocupación, no para humanistas sensibleros, sino para influyentes sectores norteamericanos, que también son realistas, pero de otro cuño y con otra visión de la problemática mundial, en la que es factor ineludible la interdependencia. Puede estimarse que Robert McNamara en la Conferencia del Fondo Monetario Internacional de Nairobi fue el representante, muy calificado, desde luego, de la tendencia existente en los Estados Unidos a enfocar la acción exterior en función de una planificación del desarrollo a escala mundial, es decir, rebasando los límites de una política exterior centrada en el interés nacional.

¿Política exterior de compromisos más o menos bilaterales y equilibrio de poderes al servicio del interés nacional o política global de desarrollo a escala planetaria —auténtica revolución en el sentido etimológico de la palabra—, en la que todos se unan para luchar contra esa bomba de espoleta retardada que es el hambre, que hace estragos en sectores cada día más amplios de la Humanidad? Ambas opciones figuran en el discurso del secretario de Estado norteamericano. Lo que significa no haber optado o logrado una síntesis. En cambio ahí está la realidad, una realidad en la que, según McNamara, los pobres tienden cada vez a ser más pobres, y los ricos, más ricos, con todas las consecuencias que entraña una potencial lucha de clases a escala mundial, pese a la ínfima minoría de ricos que se estiman seguros en sus baluartes atómicos.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

